

Jueves 19 de Octubre de 2000

OCTAVO MANDAMIENTO
“No dirás falsos testimonios ni mentirás”

- Habéis testimoniado muchos, habéis intentado esclarecer, cada uno por cada uno, la mentira. Los mandamientos son guías de Dios para sus hijos amados, guías que sólo pretenden, -como ya os he dicho en ocasión anterior- guías para limpiar el alma, para evitar la muerte del alma. No es la primera vez, ni será la última, que escuchéis a vuestra Madre pedir os que no enjuiciéis, que controléis eso que decís por la boca. ¿Cuántas veces más necesitáis escuchar los mismos consejos? Si no podéis hablar bien de un hermano callad. Si siguiereis este consejo, ganaríais mucho en el camino hacia Dios. Una fuerza mala que guardáis en el interior os empuja a hablar mal de los demás, enjuiciándolos sin necesidad, mintiendo con ganas a veces, muchas veces, para luchar contra aquel que no está delante para defenderse. Y ya no utilizáis armas, ahora utilizáis palabras, pero el efecto es incluso peor.

- Y en este lugar seréis especialmente probados en este mandamiento cuando muchos vengan a preguntar y levantéis falsos testimonios y mentiras sin sentido, buscando protagonismo. Sois preparados, es verdad, paso a paso, para que esas fuerzas que ya tenéis en el corazón, por el mismo Dios puestas, las utilicéis en los momentos duros que se avecinan; pero seguís preocupados más de los demás que de Dios, no tenéis aún presencia viva de Dios en vuestras vidas; y os preocupan los ojos de los demás y no los ojos de Dios; la mirada de Dios no se tiene en cuenta; y os preocupan los oídos de los que escuchan, pero no que escuche Dios; y así habláis unos delante de otros con poca sinceridad, sin valentía para desnudar el alma, para compartir las miserias, un compartir que alivia la carga y que ayuda realmente a ir la eliminando en ese compartir. Pocos se atreven a ser sinceros por vergüenzas. Tenéis siempre que quedar bien, y ¿delante de Dios qué?

- Un mandamiento en el que Dios pide a sus hijos que no levanten falsos testimonios, que no digan mentiras. Y habláis y vuestra sinceridad está recortada, seguís con esa coraza en el corazón impidiendo que la luz de Dios entre de una vez en él; una coraza, una coraza que debería estar a punto de caer. También, es verdad, que paso a paso se hace el camino, que si queréis ir demasiado rápido podéis caer en ese intento. Lo grave es grave, lo malo es malo.

- Un mandamiento que todos entendéis porque faltáis a ese mandamiento con muchísima frecuencia casi todos los días de vuestra vida, porque para mentir no son necesarias las palabras a veces, y para levantar falsos testimonios y transmitirlos tampoco hacen falta, a veces, las palabras, una actitud, una mirada, un comportamiento en un determinado instante, puede convertirse en una falta contra este mandamiento, pero es que esto lo sabéis.

- Cuando mentís, como decís, para ayudar a alguien, no os engaños, que no sois tontos a lo que está bien y a lo que está mal. La espontaneidad limpia las faltas, la premeditación las aumenta.

- Si cuando habláis mal de un hermano Dios hiciera notar su presencia, caeríais de bruces al suelo pidiendo perdón; pero Dios no ha escogido el camino de una presencia viva cercana mentalmente con la razón para ganáros, ha escogido Dios el camino de la libertad, y para ayudar os pone prueba tras prueba, y las pruebas están porque las necesitáis.

- Dios no miente como algunos osados hijos de Dios han dicho de su Padre del Cielo; Dios jamás se equivoca, que Dios haga esperar es muy distinto; pero también es verdad que la mentira está tan arraigada en vuestro corazón que, a veces, ni os dais cuenta de que mentís. Es una falta contra este mandamiento la que tenéis todos. También es verdad que Jesús alentándoos siempre en el camino tira de vosotros y os da ánimos nuevos, sensaciones de capacidad suficiente para poder superar esas faltas, sin embargo, no las aprovecháis.

- También sabéis que duelen en mi corazón más unas cosas que otras, pero especialmente el oír, el ver os haciéndoos daño unos a otros, cuando lo que intenta Dios es recuperarlos a todos, cuando lo que estamos

laborando tiene una meta clara de unificación en el amor de Dios; entorpecéis nuestra labor, porque cada vez que enjuiciáis, mancháis.

- La astucia bien entendida en un hijo de Dios le lleva a cumplir los mandamientos con más facilidad, la astucia, bien entendida, elimina muchas mentiras que no son necesarias para ayudar a otros; pero recordad que el engañarse a sí mismo, a uno mismo, es muy grave. Os engañáis quitando gravedad a lo que hacéis; todas las faltas son faltas, unas más graves, otras menos graves, en vuestro lenguaje hay faltas que son delitos y faltas que son descuidos, hay una graduación clara para vosotros, pero también para Dios, y quizás vuestro orden no sea el orden de Dios; y ahí tenéis que ser humildes para saber escuchar, para saber aprender unos de otros sin enjuiciar, sin enjuiciar.

- Y antes que hablar mal de los demás, antes de transmitir comentarios que ni siquiera sabéis si son certeros, deberíais pensar cómo ayudar a ese hermano que otro está atacando, cómo ayudarle, esa sería la actitud de un buen cristiano, eso sería la actitud de un hijo del Tescón digno de este lugar, cortar los comentarios, sean ciertos o no sean ciertos. Los comentarios que hacen daño hay que cortarlos de raíz, incluso ir más allá, hay que intentar recuperar lo que se ha dañado, pero estáis como en pañales. Como dice Jesús: las tortas en los pañales no se notan suficiente

- Recordad y no olvidéis que estáis para aprender, que estáis para avanzar, pero sobre todo estáis para amaros, porque es la fuente, es la fuente realmente que necesitáis, el amor de Dios en vuestro corazón. El amor de Dios en vuestro corazón frenaría mentiras, frenaría falsos testimonios, frenaría esa boca que no para de hablar, pero ese amor de Dios no está suficientemente en vuestro corazón arraigado. Os falta amor de Dios, y porque os falta pecáis, y porque os falta no cumplís los mandamientos, por eso os cuesta tanto.